Francia nos avisa

FRANCIA vuelve a ocupar los titulares por las protestas y la tensión social. Pero hay algo más preocupante que los contenedores ardiendo: los mercados exigen cada vez más interés para prestarle dinero. Y convendría que en España tomásemos nota. Francia lleva décadas gastando más de lo que ingresa. Su deuda pública supera el 115 % del PIB y en 2025 registró un déficit de más de 150.000 millones de euros. Para que los ahorradores compremos sus bonos debe ofrecer una rentabilidad muy superior a la de Alemania. No es una conspiración: es desconfianza. Porque ¿quiénes son esos terribles "mercados"? ¿Unos señores con chistera y puro que se reúnen en Manhattan para decidir qué país arruinan el lunes? Pues no. Detrás está su fondo de pensiones, querido lector, las aseguradoras, los fondos de inversión y, en última instancia, millones de ahorradores como usted y como yo. Gente con una pretensión escandalosa: recuperar el dinero que presta. Porque comprar un bono de un país es prestarle dinero.

Si alguien lleva décadas gastando más de lo que gana, usted le pediría garantías o un interés mayor. Pues eso hacen los mercados. No están anunciando que Francia vaya a suspender pagos mañana; están cobrando más por un riesgo que consideran creciente. Y lo pagamos todos.

Francia destinó en 2025 alrededor de 66.000 millones de euros a intereses de su deuda pública. España, más de 40.000 millones. Más de 100.000 millones entre ambos países que no financian hospitales, colegios ni carreteras: remuneran deudas acumuladas, es decir, se van por el desagüe. Y cuanto más cueste refinanciarlas, menos margen quedará para sostener los servicios que pretendíamos proteger.

El problema no es el Estado del bienestar. Es prometer uno cuyo coste crece sin explicar cómo pagarlo. Las pensiones, la sanidad y la dependencia necesitan recursos; el envejecimiento aumenta la factura y una productividad estancada no ayuda. Subir impuestos indefinidamente tampoco es una fórmula mágica. Y aquí llega lo incómodo. Solemos echar toda la culpa a los políticos. Pero ¿y nosotros? Cada vez que alguien osa hablar de sacrificios, de revisar gastos, de trabajar más o de "apretarse el cinturón", la calle amenaza con incendiarse. Exigimos mejores servicios, más prestaciones, sobre todo, que sea gratis, pero gratis total. Después nos sorprendemos de que los políticos prometan imposibles. Hemos convertido "austeridad" en una palabra sospechosa. De hecho, algún irresponsable se inventó el "austericidio". Como si ahorrar fuera antisocial y gastar lo que no tenemos constituyera un derecho adquirido. Sin embargo, el ahorro, el esfuerzo y el trabajo duro de millones de españoles, junto con la industrialización y la apertura económica, ayudaron a transformar España durante los años sesenta y setenta. Nuestros padres sabían que no podían consumir eternamente lo que aún no habían ganado. Y cuidado con otra trampa: cuando el interés sube, no se encarece de golpe toda la deuda antigua, pero sí las nuevas emisiones y los vencimientos que hay que refinanciar. El problema se va filtrando año tras año en los presupuestos, hasta que el dinero destinado a pagar intereses compite con partidas que nadie quiere recortar. Entonces descubrimos que endeudarse hoy también significa comprometer los impuestos de mañana.

Álvaro Bañón Irujo

Francia necesita reformas profundas y difíciles. España también. Aplazarlas no evita el sacrificio: lo agranda y se lo deja a nuestros hijos. Los mercados no son nuestros enemigos ni están obligados a prestarnos indefinidamente.

Francia nos está avisando. Lo inquietante es que seguimos convencidos de que el aviso va dirigido a otros.

Álvaro Bañón Irujo. Economista y miembro del think tank Institución Futuro